

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia



Subscription.—En la Península: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—En el Extranjero: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales. Redacción, Mayor, 24.—Administración, Mayor 18.

Conditions.—El pago se hará siempre adelantado y en metálico, 6 en letras de fácil cobro.—Correspondientes: París, Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. John F. Jones, 31 Faubourg Montmartre. La correspondencia al Administrador

LO MISMO QUE AQUÍ

La Asociación de Propietarios de Madrid y la Cámara oficial de la Propiedad urbana, no cesan en su patriótica labor, de poner de manifiesto la enormidad de los perjuicios que se originarían a las fortunas individuales y a la nacional como es consiguiente, si prosperara la obra económica del Sr. Cobián.

En la exposición que los hombres de Gobierno de aquellas entidades han presentado a la comisión de Presupuestos del Congreso, se ponen de manifiesto la enormidad de los perjuicios que se causarían a la propiedad de no anularse ó modificarse los planes del actual ministro de Hacienda.

La mayoría de los organismos creados en Provincias para la defensa de tan importantes intereses se han adherido al movimiento de protesta iniciado por las respetables entidades que tienen en Madrid la representación de la propiedad, con trastando el interés y la actividad de esta defensa, con la pasividad de nuestra Asociación de Propietarios que a nada se mueve ni nada ha hecho para defender lo que tan de cerca y de modo tan perjudicial afecta a su interés.

Compárese la indiferencia de hoy ante este grave problema, la actividad que tan inútilmente hubo de de trocharse en aquellas apasionadas campañas contra el alcantarillado, sirviendo propósitos y fines cuya mezquindad ha puesto de manifiesto la componenda celebrada a espaldas de la Asociación de Propietarios, con evidente desprecio de ellos, y se explicarán las censuras que por todas partes se escuchan por esta pasividad inexplicable.

Cartagena atraviesa, por causas que son de todos conocidas, una tremenda crisis sin esperanza de un favorable remedio.

El valor de la propiedad urbana comparado con el de años bien cercanos, ha tenido un demérito que bien puede decirse se aproxima a un 50 por 100.

La población se ha alejado de esta ciudad donde la vida se hace imposible, contribuyendo a que tal suceso diversos y desfavorables factores

que sólo lo dificultan ó imposibilitan, quedando sólo en pie la carencia de medios favorables para poner en actividad las fuerzas productivas y el precio de las subsistencias superior al de la mayoría de las poblaciones de España.

Un pase por nuestras calles acusa la enormidad de cuartos desahucados, cuyos propietarios, sin utilidad para el capital que representan estas fincas se ven forzados al pago de los impuestos que para Cartagena bien pueden calificarse de abrumadores.

Aquella célebre comisión de investigación de la riqueza urbana hizo y deshizo cuanto le vino en mentes, y fijó sin justificación alguna, el valor de las propiedades, el de los alquileres, tipo de tributación, multas, apremios, cuanto hubo de ocurrírsele, para obtener un aumento de tributación reñido con la equidad y en abierta pugna con la justicia.

Y todo pasó sin que las negociaciones se exteriorizaran con actos de energía y ruidosa protesta, y quejandones y lamentandones preparamos el actual é insoportable estado de nuestra propiedad urbana.

¿Y para evitar este evidente é injusto perjuicio qué labor insistentemente realizada, ha ejecutado nuestra Asociación de Propietarios?

¿Y qué hace ante la amenaza del peligro, que aumentaría notablemente nuestros daños, si a obra del señor Cobián prosperase?

Que nosotros sepamos absolutamente nada. Las energías se guardan para ser empleadas tan gallardas y beneficiosas como lo fueron para móviles, bien conocidos en las famosas juntas de alcantarillado.

Y lo que se proyecta no es un grano de anís.

Tenemos a la vista la exposición que la Asociación de Banqueros de Barcelona dirige a la Comisión de propietarios del Congreso, y de ella sacamos los substanciosos datos siguientes:

Entre los ingresos presupuestados en 1910 y los que quiere obtener el Ministro, hay una diferencia de más de 81.933.846 pesetas.

De este aumento corresponden a las Contribuciones directas, 30.787.000. Idem, indirectas, 31.100.000. Monopolios, 19.350.000.

El aumento de las directas se reparte así:

Rústica y pecuaria, 1.276.000 Urbana, 7.566.000.

El aumento de la contribución en la propiedad urbana alcanza a los inmuebles de la industria y a los locales del comercio, influyendo en los gastos generales del negocio.

El aumento de las demás directas é indirectas se divide como sigue: Industrial, 3.710.000. Utilidades, 3.000.000. Derechos reales, 10.000.000. Cédulas personales, 4.000.000. Transportes, 6.000.000. Azúcar, 11.000.000. Timbre, 13.500.000.

Díganenos si ante la evidente debilidad y penuria de nuestra riqueza nacional podía ésta soportar, sin graves consecuencias, los aumentos exorbitantes que se proponen en la obra del Sr. Cobián.

Si ésta prospera, fácil es suponer la suerte que aguarda a nuestra agonizante riqueza urbana.

Con el aumento de lo que pueda corresponderle en esos 7 1/2 millones —pues esos respetos para lo registrado, ya sabemos el alcance que tienen— y con lo que indirectamente se relaciona con este impuesto en los demás tributos que se aumentan, fácil es predecir la depreciación que en el valor, como en la utilidad, habrá de producirse en nuestra propiedad urbana.

La Asociación de Propietarios de Madrid y las de la mayoría de las poblaciones de España, así lo han comprendido, protestando y reclamando de una obra, que ante el afán del aumento de los ingresos no se detiene en ninguna clase de consideraciones y respetos a la justicia.

Y ante todo esto, nos preguntamos: ¿qué hace nuestra Asociación de Propietarios?

Una conspiración

Madrid 3 9 m.

Telegramas de Badajoz insisten en los rumores de haberse descubierto en Lisboa una conspiración fortísima contra la República.

Parece que se sorprendió en flagrante conspiración al exministro de la Guerra Pimentel y ocho exministros monárquicos.

Parece que todos los jefes y oficiales del ejército que no han reconocido la República están también complotados.

CANTE JONDO

—Oiga usted el cantar más gitano de foos los cantares—dijo la gitana— Un cantar más negro que el hombre y las penas; un cantar más triste que una pena mala; un cantar que aprendí cuando era la buena y de pura lo mismo que la barba.

Se atusó los setosos cabellos, le alargó al follar la guitarra y con voz más dulce que un beso de madre, cantó la gitana:

«Yo era malo y ella buena, la hice pecar y pecó; y hoy, que el mundo la condena, ella morirá de pena, de remordimientos yo.»

Terminó la copla, giró la guitarra, y mientras nosotros batíamos palmas, ella muda, inmóvil en la silla, y los brazos en jarras, con sus ojos negros muy rijos y abiertos se quedó pensativa y callada. Después, cuando alguien preguntó la causa de aquel misterioso y triste silencio, se alzó de la silla riendo a carcajadas, movió la cabeza como si quisiera libertarse de alguna idea mala, apuró una copa, recogió las falda y, subiendo de un salto a la mesa, al compás de la dulce guitarra voluptuosa, incitante de amores, comenzó una danza.

Yo no sé si es ficción de mi mente pero así que mientras bailaba yo vi de sus ojos caer una lágrima.

Félic Cuquarella.

Pequeñeces

¡Buena está el bloque! ¡Buena, pero buena!

Como de Vaso, a la obra maestra.

Tadito él de disparatos lleno.

Con más de mil botones para nuestra.

Ni por chiripa tiene buena idea, amparado en su elac y en alabarda, y todo cuanto toca lo... estropea y lo mismo que si fuese la moscarda.

Terminamos ahora mismito de improvisar este verso, que si no es verso precisamente, si es más exponidioso que la célebre manifestación que se condeñó don Apolinario Palomo, y encierra una verdad más grande, que el más tamaño de los biólogos.

Y el grifo de nuestra inspiración lo ha abierto el presupuesto del bloque.

Que aún no conocemos. Pero que, si lo conociéramos, nos hubiese secado del todo, el eborro poético.

Porque para nadie es un secreto que todo lo que previene del bloque tiene la virtud de secar.

Y así estamos todos, desde que él vino al mundo.

¡Secos! De puro habernos humedecido antes... de risa.

Se dice que en ese proyecto, frute temprana como la flor de la alcañón—de un hacendista en estado de peladilla y de un eminente literato que engrandece con su presencia las tenidas del bloque, se suprime el impuesto de consumos.

Sobre la base de gravar el inquilinato (con un cincuenta por ciento, por un lado y veinticinco por ciento, por otro)

¡Ola, con ese y con ese!

¡Así nos gusta!

¡Asociación de propietarios! ¿no queréis calde?

Pues, ¡toma tripital!

Y el bloque a la cabecera.

¡Para que te... desahagues!

¿Supresión del impuesto de consumos?

¡Nosotros hemos visto eso en alguna parte...

¡Ah; sí en las bases del bloque.

¡Eso es cumplir!

¡Así nos gusta!

¡No parece muy respetable.

¿Y consumir a los inquilinos?

Más respetable todavía.

Tan peregrina, salvadora y pajolera idea, debe ser de alguno del bloque que tenga la buena costumbre de no pagar el alquiler.

Sentimos no poder dar su nombre.

¡Serán tantos!

Además, esa idea tiene así cierto saborillo anarquista.

¡Cielos! ¿habrá algún ídem en el bloque?

Porque tiende a la verdadera igualdad.

Nos explicaremos:

Si a los inquilinos les aumentan el cincuenta por ciento en los alquileres, no podrán pagar los recibes.

¡Qué gusto señores propietarios!

Y así, ¡claro!, desahucarán a los inquilinos.

¡Qué pena, señores curiales!

Y así, estaremos todos iguales.

Iguales que el bloque.

¡Esto es! ¡desahucados!

Otra innovación muy ventajosa en los presupuestos.

Dotar en algunas pesetas al Alcaide para gastos de representación.

¡Muy bien hecho!

Poco importa la cuantía de la dotación.

Basta con que haya para un repaso.

Y ahora es cuando los alcaldes podrán carunchar y jamar jamón tranquila y legalmente.

¡Qué primos los de antes!

Difícil pescado al vuelo:

Personajes: D. Roque representante del conglomerado y una comisión de los empleados del Ayuntamiento, amenazados de extirpación.

La Comisión: ¡Sí; eso es una felonía! ¡amputarnos el tercio! ¿qué hacemos después?

D. Roque: No seáis primos, que aún vais a salir beneficiados.

Comisión: ¿Chungueo entima? ¡Así os suputase a vosotros los... tras tercios.

D. Roque: Escuchadme y no hubiérais mal. El bloque se vé en la dolorosa necesidad—¡buenas lágrimas le cuesta!—de hacer economías, y os fraccionas, os divide, os hace trocitos.

Comisión: ¡Y tanto!

D. Roque: Buena; pero como el bloque es de muy cariñoso, bondadoso, dable y gaseoso—¡pum!—y os quiere más que si fuerais las nenas de sus ojos, os dará por otro lado, más de lo que por el contrario os amputa.

Comisión: ... (no puede decirse).

D. Roque: Sencilísimo, facilísimo, verdís: vosotros seguís trabajando con el 34 0/0 menos en vuestros haberes, que ya no los habéis; pero, como el bloque le componen la Federación de gremios y gran parte de la asociación de propietarios, precisamente, estas humanitarias asociaciones han acordado, para celebrar los nuevos impuestos, rebajaros los artículos de comer, beber, y arder, trajes, sombreros, alquileres de casa, etc., etcétera, en un 35 0/0; y de esta manera ganáis un 10 0/0, sobre vuestro sueldo, el Ayuntamiento se economiza el 34 por 100 y los asociados no pierden, porque lo que vosotros no pagáis, otros lo pagarán.

Comisión: ¿Y de qué es esa idea del desprendimiento?

D. Roque: De Don...

Comisión: ¡Horror! Vaya adies don Roque. Déle memorias al bloque.

Parrafo bloqueista:

«Lleaba la vestimenta clásica de los muertos. Su sudario blanqueaba y tenía aspecto fatídico. Era el caciquismo, muerto por el bloque, que se iba á Murcia...»

¿Todavía el caciquismo? ¡Curri; más que curri!

¡Requete curri!

amar a la hija de William Bottyn, del hombre que ha concebido ese complot dirigido contra Europa y contra la humanidad?

Bruscamente se apoderó de su linterna sorda, que había dejado en el suelo a su lado, y se lanzó hacia adelante. Después de subir otra escalera y levantar otra trampa, se encontró de nuevo al aire libre.

Tras de él quedó abierta la puerta que había estado a punto de entorpecer su marcha.

Olivier esperaba volver a pasar por allí algunas horas después.

En torno suyo reinaba un silencio de muerte. En medio de la sombra intensa, los edificios destacaban su perfil gigantesco; no brillaba en el cielo ni una sola estrella.

Sin vacilar, el joven inventor se dirigió hacia el laboratorio, encima del cual brillaba siempre el farol eléctrico. La puerta de entrada le ofreció esa pesada resistencia. Entorpecido de su, Olivier se encontró, por último en la habitación donde esperaba penetrar desde hacía tantos días.

Destornilló las paredes de su lamparilla eléctrica, y se vió en seguida rodeado de una luz brillante.

Empezó a examinar el sitio en que se encontraba. Guarnecidas el laboratorio largas mesas orgánicas con multitud de aparatos. Reconoció en segui-

tos en el laboratorio, y cuya naturaleza y objeto no había podido explicarse.

Aquello era el organismo interior de los hombres de hierro.

Había allí fonógrafos de nuevo modelo, contruidos de tal manera, que eran impresionados hasta por los sonidos más tenues.

Reparadas encima de las mesas del laboratorio había ruedas y articulaciones de acero, que representaban la invención más extraordinaria.

El genio utilizador y práctico de Hattison había hallado la solución del problema, había dicho la última palabra en una materia inútilmente estudiada hasta entonces: la imitación de la naturaleza, la fabricación de autómatas humanos.

El joven francés examinaba como en medio de un sueño. La claridad de su lámpara no era suficiente para que pudiese distinguir claramente las cosas que le rodeaban.

El fondo del cobertizo permanecía obscuro, y en él parecían erguirse fantásticas sombras. En el techo había colgada una lámpara de arco voltaico. Tan pronto como encendió el botón de porcelana que servía para encenderla y apagarla, le dió vuelta Olivier Coronel.

El joven era animoso. Varias veces había afrontado la muerte sin temblar. Sin embargo, sintió un

genial. Una de las agujas marcaba en el cuadrante la letra A, la otra, la U...

—¡Aurora!

Este nombre, que se escapó de sus labios, fué una revelación.

Febilmente hizo maniobrar las agujas. Sucesivamente las hizo pasar sobre las letras R. O. R. Sus dedos temblaban. En el momento preciso en que la aguja marcaba en el cuadrante la A final, se oyó el ruido de un resorte que cedía, y la puerta maciza se deslizó por las ranuras. ¡La entrada del tercer recinto estaba libre!